
MEDIOS DE COMUNICACIÓN, ESTRUCTURA DE PODER Y LOS PROCESOS DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Javier Esteinou Madrid

Con el surgimiento de los medios de información y sus nuevas capacidades tecnológico-materiales que han conquistado en México a lo largo del siglo xx, como son su amplia cobertura informativa, su gran poder de penetración mental, su rápida capacidad de difusión, su enorme versatilidad semiótica, su gran perfeccionamiento tecnológico, etc., éstos se han convertido en el centro del poder contemporáneo de nuestra nación. En este sentido, de haber sido instrumentos de difusión relevantes en 1920 y de convertirse en el “cuarto poder” político a partir de 1960 como corresponsales del poder, en la década de los años noventa se han transformado en el vértice del poder actual. Es decir, ya no sólo son instituciones importantes o el cuarto poder, sino que ahora son “el primer poder” que existe en nuestra sociedad.

Así, las ágiles potencialidades avanzadas de las nuevas tecnologías de información para producir, difundir e internalizar datos y sentidos sobre nuestras conciencias, han modificado las reglas y dinámicas tradicionales con las que nuestra sociedad antaño se articulaba, organizaba y participaba colectivamente. Con ello, se ha producido un profundo cambio en la jerarquía de poderes que conforman el esqueleto del poder y de la movilización cotidiana de nuestra sociedad, donde los medios de información ahora son el centro del poder.

En este sentido, podemos decir que en el espacio de relación simbólica que permanentemente producen los aparatos cotidianos de comuni-

cación entre emisores y colectividades, es donde diariamente se construye o destruye mental y afectivamente al Estado y a la sociedad mexicana. Por consiguiente, podemos afirmar que en la sociedad mexicana de la década de los noventa cada vez más se ganan o pierden las batallas políticas o sociales en los medios de comunicación colectiva y no en otras áreas de las contiendas sociales.

Sin embargo, aun con este lugar tan central que han conquistado los medios de comunicación en México, los procesos de comunicación masiva no han aparecido en espacios neutros o independientes, sino que han cobrado vida vinculados a las necesidades de existencia y reproducción de nuestra sociedad capitalista en vías de industrialización.

Dentro de este marco histórico, el margen de participación de los movimientos sociales a través de los medios de comunicación no ha sido monolítico, sino que ha oscilado para formar una gama de intervención que varía desde los canales escritos hasta los electrónicos. Así, encontramos que las vías a través de las cuales los movimientos sociales mexicanos han participado con mayor fuerza desde principios de siglo hasta la fecha para expresar sus intereses y demandas, se concentran con gran peso en los medios impresos y se cierran casi por completo en los canales electrónicos, particularmente audiovisuales.

De esta forma, la naturaleza social de los medios de comunicación desde un principio ha quedado determinada por la presencia de un fuerte contexto económico y político que ha condicionado herméticamente el uso social de los mismos por otros sectores más amplios que no sean los propietarios o representantes del gran capital interno y transnacional en el país. Esta situación ha alcanzado su mayor esplendor en el caso de la televisión mexicana, tanto pública como privada, pues es el medio que más ha llegado a ser monopolizado por el poder nacional al grado de que a través de éste se ha construido otro proyecto cultural contrario al de los grandes grupos que sostienen nuestra nación.

De esta forma, constatamos, por ejemplo, que las organizaciones campesinas no cuentan con espacios televisivos para, desde éstos, solicitar apoyos crediticios para trabajar en el campo, exigir mejores precios de garantía a sus cosechas, demandar el reparto de tierras, denunciar el extendido cacicazgo y la corrupción de autoridades o funcionarios. Los sindicatos tampoco cuentan con tiempo informativo para pedir aumentos salariales, elevar sus condiciones generales de vida, denunciar las anomalías existentes en el interior de los mismos, etcétera.

Los partidos políticos tampoco gozan de suficiente espacio televisivo para fortalecer su participación en la sociedad, perfeccionar el sistema electoral, mantener contacto masivo con sus representados, difundir sus propuestas y posiciones partidistas, etc. Asimismo, los numerosos grupos indígenas fundadores desde hace milenios de nuestro territorio y cultura, todavía, hoy día, al acercarnos al final del siglo xx, no tienen ningún espacio en la televisión para expresar sus necesidades, dolor y tristeza generados desde hace 500 años con la conquista española.

Los movimientos ecologistas, no obstante que actualmente vivimos una fase de colapso ambiental en el Valle de México y el resto del país por la profunda relación destructiva que mantenemos con la naturaleza, no cuenta con ningún espacio en las redes nacionales de televisión para difundir su labor en pro de la defensa de la vida. Los sectores magisteriales, no obstante que sobre ellos descansa la formación de la población a través de la acción educativa, tampoco cuentan con espacios en los medios audiovisuales para contrarrestar la acción deformante de la cultura parasitaria que ha creado la sociedad de consumo y fortalecer con ello el proyecto educativo de la escuela nacional.

Otras células básicas como son los productores agropecuarios, los transportistas, los grupos de amas de casas, las asociaciones de padres de familia, los grupos de colonos, los estudiantes y los profesionistas, entre otros, tampoco disponen de espacios en las pantallas para planear y discutir sus problemáticas particulares.

En este sentido, pensamos que debido a que no se ha permitido la participación de la mayoría de los sectores en la televisión, tanto pública como privada, ésta continúa desvinculada del análisis sistemático de los grandes obstáculos que impiden nuestro desarrollo nacional y de la difusión constante de las posibles alternativas de solución para cada rama de nuestro crecimiento interno. Por ello, podemos decir que la televisión sigue funcionando como cerebro colectivo divorciado de las necesidades de nuestro cuerpo social, porque mientras vivimos cotidianamente una profunda crisis socioeconómica que está por convertirse en severo conflicto político, la televisión nos orienta a pensar, prioritariamente, en el triple eje cultural del consumo, los deportes y las ideologías del espectáculo, y sólo ocasionalmente nos conduce a reflexionar y sentir los problemas centrales de nuestra sociedad. En una idea, la problemática nacional no pasa sustantivamente por la televisión, lo cual ha provocado la existencia de un modelo de funcionamiento esquizofrénico entre lo que difunde e inculca la programación televisiva

y las necesidades o realidades que viven cotidianamente los grupos mayoritarios de la sociedad mexicana.

De esta forma, podemos afirmar que, como en un acto de magia que se lleva a cabo ante los ojos de todos y el estupor de unos cuantos, desde hace tres décadas a la fecha la televisión continúa realizando la hazaña verdaderamente fantástica de ocultarle a los mexicanos su país.

Frente a este panorama, consideramos necesario remarcar que ante el proceso de desmembramiento agudo que vive nuestro país, la televisión no debe seguir funcionando con los esquemas de relativa estabilidad social de hace 40 años. Hoy tenemos que pensar cómo la televisión y otros medios de comunicación colectiva nos pueden ayudar a dar un salto mental cualitativo de 50 años hacia delante que nos permita madurar como sociedad y nos ahorre los enfrentamientos, los sufrimientos, las luchas, el autoritarismo, el individualismo y la represión que se vislumbra para las próximas décadas de la historia de México. Por ello, es inaplazable que la televisión nacional dé respuestas ante los grandes conflictos del país.

Sabemos que lograr la transformación mental del país frente a nuestros grandes conflictos de desarrollo a través de las televisoras del país es una empresa desafiante. Reconocemos que existen grandes inercias culturales que se oponen a la evolución de nuestra conciencia colectiva. Entendemos que abundan múltiples intereses económicos y políticos que obstruyen esta misión. Comprendemos que nuestro sistema económico nos impone límites mentales, fijados, en muchos casos, por acuerdos monetarios internacionales, etc. Pero también advertimos que por poco que se pueda avanzar en esta línea, es preferible trabajar en ella que seguir permitiendo que la televisión frustre nuestra evolución humana a través de las permanentes trampas de valores que producen los ciclos ideológicos del desperdicio cultural. Hay que subrayar que la sociedad mexicana está plena de tremenda energía acumulada, pero fragmentada, porque requiere que sea canalizada a través de proyectos culturales y políticos para devolverla a la sociedad y dar nuevos pasos históricos que nos permitan superar como nación.

Por ello, pensamos que colaborar ahora, desde la televisión y otros medios de comunicación, a descontaminar la atmósfera, a descentralizar la población nacional, a regenerar el ciclo ecológico, a racionalizar el uso de los recursos no renovables, a incrementar la producción de alimentos, a reducir la tasa de natalidad, a respetar la vida animal, a elevar los mínimos de bienestar social, a generar empleos para la juventud, en

fin, al desarrollo de la sociedad, no es romanticismo ni mesianismo ni voluntarismo político, sino exigencia elemental para nuestra sobrevivencia humana. Si no actuamos ahora a través de la televisión transformando nuestras mentalidades para estar más conscientes de nuestros problemas nacionales y de las alternativas de solución como país, para el nuevo milenio heredaremos una sociedad enormemente más inhumana e inhabitable que la que ahora enfrentamos. Hoy la televisión pública tiene que dar salidas a la nación.

La gran ausencia política en la actual gestión gubernamental y en las anteriores ha sido no planificar el uso de los medios de comunicación, y en especial de la televisión, para impulsar el desarrollo de nuestra nación. Ello significa que el problema de la transformación comunicativa del país es una realidad más decisiva que la del pago de la monumental deuda externa, porque lo que se produce a través de su modificación, en última instancia, es la liberación de la conciencia de los seres humanos que mueve los órdenes establecidos por el poder. Una vez más, se confirma que la clase gobernante tiene mucho miedo al despertar de la conciencia de los nuevos grupos sociales. Es decir, le tiene pánico a la libertad de los hombres.

En los tiempos de transición democrática que ahora vivimos en el México de finales del siglo xx, resulta estratégico rescatar y ampliar los pocos espacios que se han dedicado a la difusión y construcción de valores democráticos y de formación de una cultura cívica nacional, vía los medios de comunicación de masas, y proponer alternativas culturales para impulsar la edificación de una cultura cívico-democrática.

Pensamos que con la consideración y aplicación de estas políticas, y otras más, se podrá colaborar a producir contextos más humanos que los que ahora existen en el país, ya que de no hacerlo, para el próximo siglo tendremos en México regiones económicas más interrelacionadas con la globalización, con más máquinas inteligentes, con mayores inversiones extranjeras, con más centros de información, con mayor incorporación de nuestra economía a los procesos de globalización, con más edificios modernos, con más automóviles, con más supercarreteras, pero también tendremos en nuestra República conglomerados de comunidades humanas más destruidas que las que ahora conocemos, debido a la ausencia de una cultura cívico-democrática.

Por ello, pensamos que colaborar ahora desde los medios de comunicación y otras infraestructuras culturales a crear una base cultural de valores democráticos, ciudadanos y de cultura cívica, no es romanticis-

mo ni mesianismo ni voluntarismo políticos, sino que es exigencia elemental para nuestra sobrevivencia humana como nación plural.

En síntesis, podemos decir que si en el presente sexenio gubernamental no se diseñan políticas de comunicación para televisoras nacionales que tomen en cuenta los principales conflictos que obstaculizan el desarrollo de los diferentes grupos sociales del país, se mantendrá la profunda contradicción entre la cultura nacional y el proyecto de desarrollo global que se ha registrado en las últimas décadas. Cada uno se disparará por senderos distintos, la cabeza social avanzará por un lado y el cuerpo por otro, aumentando rápidamente, con ello, la descomposición de la sociedad.

No podemos olvidar que la superación de la crisis nacional que nos enmarca requiere de la producción de un nuevo eje cultural que gire alrededor de la renovación de los medios de comunicación nacionales, especialmente de la televisión.